

humedecida con las lágrimas del otoño. Al día siguiente estaba, como habia prometido, en el seminario. Algunas semanas despues, los padres de Clara, sumisos á la voluntad divina, llevaron su hija al convento.

Los superiores eclesiásticos, desconfiando un poco de tan súbitas resoluciones, exigieron largas pruebas antes de admitir á nuestros desposados. Mas. debió verse claramente que todo venia de Dios y que la vocacion era por ambas partes irrevocable. Clara pronunció sus votos; Fabio fué sacerdote.

Conozco á Clara, he visto á Fabio, y su historia me ha sido contada por un santo religioso, amigo suyo. Si yo fuese pintor, retrataria el dulce semblante de la religiosa y la noble fisonomía de su desposado, en un lienzo para alguna capilla consagrada á María, *estrella de la mañana*.

**FIN.**

## LA FLOE DE LAS VEGAS.

---



LA  
FLOR DE LAS VEGAS.

CUENTO DE COSTUMBRES

DE LA

**SIERRA DE ALBARACIN.**

POR

Don Manuel Polo y Peyrolon.

---

MEXICO

Imprenta de J. R. Barbedillo y C.<sup>o</sup> Escalerillas núm, 21.

1874.



## FLOR DE LAS VEGAS.

GOBIERNO DE COSTA RICA

## FLOR DE LAS VEGAS.

EXTERNA DE ALABAMA

Don Juan José y María

LA

## FLOR DE LAS VEGAS.

Cuento Original.

I.

Que uno reniegue de su patria, que hasta aborrezca el pueblo que le vió nacer, las paredes que le albergaron, los árboles á cuya sombra jugueteaba cuando niño, es cosa que no se concibe; pero lo que sí se concibe y esplica perfectamente es, que el amor al suelo en donde por primera vez abrimos los ojos á la luz, llegue á convertirse en una especie de pasión, en una monomanía, en un no sé como llamarle, que haga ver lo negro blanco y lo blanco negro, Y digo esto, porque he conocido algunas personas tan exaltadas sobre el particular, que siendo de uno de los pueblos mas desgraciados de nuestra *graciosa* Península, sostienen sin embargo, hasta acalorarse, que todo lo de su país es lo mejor. Lo primero es, no solo



reprensible, sino culpable; lo segundo al menos tiene su razon de ser.

Ignoro si estos montes donde me he criado son de lo mejor ó peor de España, de lo mas feo ó mas bonito; pero lo cierto es, que á mí me parecen muy pintorescos, y que cuando despues de alguna ausencia, corta ó larga, regreso á ellas, mi corazon palpita de felicidad al divisarlos desde lejos. De modo que para mí no hay nada comparable con las ochenta ó cien casas de mi aldea, esparcidas sin órden, sin simetría alguna alrededor de un esbelto campanario, en la falda de uno de los montes que circuyen el precioso valle; ni nada mas armonioso que el no interrumpido murmurio del riachuelo que le atraviesa sobre un lecho de blanquecinas piedras y entre dos filas de juncias y sargales; ni nada mas poético que los vislumbres del naciente sol al aparecer tras los altos y frondosos pinos; ni nada, en fin, mas encantador que cuanto aquí sucede.

No extrañarás, pues, amigo mio, con tales antecedentes, que al cumplir mi promesa de escribir un cuento, escoja para el lugar de la escena, este pueblecito, cuyo verdadero nombre tú sabes muy bien, y al que, haciendo uso de mi autoridad de cuentista, voy á bautizar con el de Las Végas.

## II

—¡Jesus! . . . tia Catalina, calle *usté*, porque estoy aborrecida con esa muchacha. Vamos, hay para pegarle una tunda. . . Y la he de pegar, sí señora, la he de pegar. No le ha de valer la bula

de Meco. ¿Ha visto *usté* testaruda como ella? ¿Pues no se le ha metido en la cabeza que para el día de San Miguel ha de estrenar una saya de percal? ¿Pues le *paice á usté*? ¿Y de dónde he de sacar los dineros para mercársela? . . .

—Vamos, Cucana, que no hay motivo para tanto. En mis juventudes no se apuraban las madres como ahora, bien que las hijas eran mas obedientes y no tan vanidosas ni tontas. Hoy todo marcha como Dios quiere. Pero vosotras os teneis la culpa. Os empeñais en que vuestras hijas vayan á cual mas *maja*, y por saliros con la vuestra, hareis cualquier desatino. Luego . . . no es extraño que tambien ellas, de cada dia pidan mas. Mira, Cucana, en mis tiempos, sayas de percal, una para casarnos, y no á todas, Cucana, no á todas.

—En los tiempos de *usté* sucedian muchas cosas.

—Ya se ve que sí; pero no tan descabelladas como ahora.

—¡Bah! algo menos seria, dijo Marta, terciando en la conversacion, pero sin dejar de mover su huso.

—No, Marta, no; tú no lo has alcanzado, que eres aún muy jóven; por eso hablas así. Yo lo que te puedo decir es que entonces no habia el lujo que ahora, que hasta los gatos llevan zapatos; ni los jóvenes eran tan *descaraos* y desobedientes; ni cortejaban sin maldita la vergüenza á todas horas y en todas partes; ni . . .

—Tiene *usté* razon, tia Catalina, dijo la Cucana. Mi muchacha, sin ir mas lejos, *pa* traer un cántaro de agua de la *juente* emplea una tarde entera. ¡Ya se ve! como no puede ver unos pedazos



de calzones sin echar su cuarto á espaldas, desde la *juente* á casa la cuesta una hora. Yo no sé cómo no la agarro del moño, y le doy cada día una paliza que la balde.

—Vamos, tía Cucana, que *usté* exagera; no es tan feo el lobo como la gente lo pinta.

—No, Marta, créeme, es la pura verdad. ¡Jesus! ¡estoy aborrecidica!

Nuestras tres interlocutoras callaron. La tía Catalina y la Cucana cosían, Marta hilaba á rueca. Despues de un rato de pausa, dijo la tía Catalina, calándose sus antiparras para enhebrar una aguja:

—Mira, Marta, yo me casé sin haber llegado á hablar á solas con mi Cayetano, que esté en gloria, y esto en mi tiempo era el pan nuestro de cada día.

—Tía Catalina, ¿sabe *usté* lo que le digo? que tanto, tanto, no vale; que lo poco gusta y lo mucho enfada.

—¿Pues qué, te parece que está muy bonico eso que hacéis ahora de estar todo el día con el *bragazas* del novio, de ir por agua juntos, de pasar bailando en vez de rezar, los días de fiesta, y siempre manoteando y siempre riendo como los hombres? Eso está muy feo entre muchachas honradas.

—Pero tía, *usté* sabe que eso no lo hacen todas.

—¡Pues, no faltaba más! añadió la tía Catalina removiéndose en su escañeta y refunfuñando: hasta ese punto podíamos llegar.

—Ahí tiene *usté* á su nieta Rosa, contestó Marta, que todavía no la he visto hablar con ningún hombre.

—Pues hija, no será porque no esté perdidica por Agustín el sacristán, añadió la Cucana.

—¿Quién te ha contado esa patraña? Es imposible que mi nieta se haya enamorado sin contar-selo á su abuela.

—¿Qué tonta es *usté*! Ahora iría ella á decir: “Abuelita, yo me muero por Agustín.” ¿Pues qué es lo mismo que decir “me duele la cabeza?”

—Cómo se conoce que no sabéis quién es mi nieta!

—Vaya si lo sé. La muchacha mas guapa de Las Vegas y del contorno. ¡Jesus, y qué nieta mas rica que tiene *usté*, tía Catalina! Yo cuando la veo tan resalada, con aquellos colores que *paice* que lleva una rosa en cada carrillo, aquella mata de pelo que da gozo de Dios el verla, y aquellos ojos tan hermosos, ¡me la comería á besos!

—Calla, locaza, calla: tambien tú tienes una Maruja que no le va en *zaga* á mi nieta.

—Es verdad, guapa es tambien mi Maruja, pero, ¿y ese geniazo que tiene?

—Tú tienes la culpa; si no la hubieras malcriado, seria tan buena como Rosa; pues lo que es buen corazon, lo tiene, aunque es algo orgullosa y casquivana.

Aquí llegaban de su conversacion las tres honradas vecinas de Las Vegas, cuando levantándose Marta y recojiendo su rueca y su huso,

—Vaya, aquí se quedan ustedes, les dijo, que me marchó á hacerle de comer á mi cerdo. Hasta mañana.

—Adios, Marta, contestaron á la vez la tía Catalina y la Cucana, sin levantar la cabeza de sus respectivas labores.



Quando Marta hubo doblado la esquina, se acercó la tía Catalina á la Cucana, y bajando la voz con aire de misterio, la dijo:

—¿Pero de dónde diablos te has sacado tú que mi nieta está enamorada?

—Yo no me lo he sacado, lo sospecho, tía Catalina, aunque como hace tantos años que una era moza, maldita la cosa que entiendo ya de estos asuntos; pero voy á contarle á *usté* lo que pasó: ¿Recuerda *usté* que el domingo despues de misa vino Agustín á pedirle le dejase cojer unas rosas de su huerto para ponérselas á la Virgen del Amor Hermoso, por la tarde, en las flores?

—Sí.

—Bueno. Pues bajó al huerto, en donde se encontró á Rosa arrancando unas lechugas; y ¿sabe *usté* lo que hizo? mientras Agustín hacia el ramo de rosas, le miraba de reojo.

—¿Y todo eso es?

—Aguarde *usté* un poco. Pues señor, al tiempo de marcharse Agustín, se le cayó, sin que lo viera, una rosa que se habia puesto en el ojal de la chaqueta. (Yo estaba mirando todo desde mi huerto). Rosita no lo echó en saco roto, y en cuanto cerró la puerta, cojió la rosa y se puso á besarla como una loca: la besaba y lloraba; yo creo que era de gozo, tía Catalina. Cuando se cansó de hacer *aspavientos*, se la guardó en el pecho como si fuera una reliquia. ¿Qué le *paice á usté*, es verdad lo que yo decia, ó nó?

—No digo que no, Cucana; pues mi nietecita es de carne y huesos como todas, y además Agustín es todo un real mozo. Pero lo averiguaré.

—Por Dios, tía Catalina, no me saque *usté á corro* y haga *usté* lo que quiera, pues Rosita se enfadaria conmigo.

La conversacion que acabamos de leer, querido amigo mio, tenia lugar en Las Vegas una deliciosa tarde del mes de mayo, á la puerta de la tía Catalina, la anciana mas venerable y mas entendida del pueblo.

Tenia la tía Catalina de setenta y cinco á ochenta años de edad, pero estaba tan acartonadita que era una de las abuelas mas templadas del pueblo. Gozaba de una fortunilla regular; pero como los vecinos de Las Vegas apenas cojen para malpasar el año, era tenuta su casa como una de las mas ricas. De su union con su difunto Cayetano, que esté en gloria, como ella decia, solo tuvo un hijo, el padre de Rosita, y en estos dos seres reconcentró todo su cariño la buena anciana, pues su nuera, la madre de Rosa, apenas sobrevivió al nacimiento de esta. El tío Anton se negó siempre á contraer segundas nupcias, por amor á su hija y por obedecer á su madre.

La Cucana y Marta eran dos de las varias tertulianas de la tía Catalina, que iban á coser por las tardes á la puerta de su casa, en invierno porque era el carasol mejor de la aldea, y en verano porque á la sombra de la hermosa parra que orlabá la puerta y sentadas cada cual en su respectiva escañeta, podian permanecer á descubierto, libres de los ardores del sol, respirando el aire embalsamado y puro de los campos.

Si no te parece mal, amigo, corramos el telon, y demos por terminado este acto.



## III.

Era un domingo por la tarde.

En Las Vegas, á pesar de haber trascurrido ya los buenos tiempos de la tía Catalina, todo el mundo asiste á Vísperas y al Rosario.

Delante de la iglesia parroquial hay una plazuela cercada de tapia con dos puertas laterales y una hermosa acacia en el centro. Dásele á este recinto el nombre de honsal (1), pues no hace muchos años era el único cementerio que habia en el pueblo.

Los primeros que escapan de la iglesia así que termina el Rosario, son los hombres, y antes que todos, los mozos. El sexo débil, ó bello, como quieras, en España lo mismo que en Rusia, en Las Vegas como en Madrid, es por naturaleza mas devoto que el sexo feo; por eso se retira el último, y por eso tambien en Las Vegas los hombres, formados en corrillos, pasan revista desde el honsal á cuantas salen del templo. Es de rúbrica que los enamorados no se muevan de allí hasta despues de haber salido sus novias.

Acababa de terminar el Rosario.

En un corrillo de mozalbetes, robustos como robles, y frescos y colorados como manzanas, se charlaba alegremente de las muchachas que iban saliendo, provocándose á la vez unos á otros.

Entre ellos estaba tambien Agustin el sacristan, álias el Rojo, por tener el cabello muy pa-

(1.) De fosa ó sepultura.

recido á las sedosas hebras de la panoja sazónada, mas terne y bullicioso que ninguno.

Apenas salia ya alguna que otra muger de la iglesia; cuando cátae á la tía Catalina, que segun Maruja la de Cucana, acostumbraba quedarse *rosigando los altares* (1), apoyada en el brazo de su nieta.

Al verla los mozalbetes se agitaron y revolotearon á su alrededor como abejas en torno de la miel; pero la recatada Rosa por mas que los ojos se le iban tras el Rojo, hasta contra su voluntad, bajó la vista y salió del honsal con su abuelita, sin mirar á nadie. La tía Catalina, que la iba espiando, empezó á dudar fuesen fundadas las sospechas de la Cucana.

—¡Ay! ¡y qué Rosa sin espinas, mas resalada y zandunguera! exclamo Pedro el compinche del Rojo, pegando al mismo tiempo una patada en tierra y con los brazos en jarras.

—Sí que es guapa Rosita, dijo el Largo, apodo debido á su estatura; ¿pero no habeis *reparao* vosotros en Maruja la de la Cucana, qué meneo y qué ojos tiene? ¿Cuánta sal hay en aquel cuerpecito?

—Calla, bárbaro, contestó Agustin: tú no piensas mas que en el meneo y en los ojillos de Maruja. ¡Pues á fé que es una buena *pezolada*! ¡Si es un basilisco!

—El bárbaro eres tú, que te mueres por ese pedazo de santo, que seria muy bueno para colocarlo en un altar, pero no para novia. . . Jamás le

(1.) Frase burlesca con que se quiere expresar el acto de ir rezando de altar en altar, de Santo en Santo.



mira á uno la cara, ni *quie* (1) bailar, ni te contesta si le dices algo, poniéndose mas colorada que un pavo. . . En fin, chicos, á mí me gusta mas Maruja que todas las rosas de los rosales.

—Pues no tienes gusto, añadió Pedro, porque Rosilla la de la tia Catalina es de lo que no hay. ¡No es verdad, Rojo?

—Ya se ve que sí, contestó el interpelado saliéndole los colores al rostro.

Una risotada general y una lluvia de chanzonetas y pullas, hizo poner de mal humor al Rojo, blanco en aquel momento de los tiros de sus compañeros.

—No pongas ese *morro*, hombre, que no iremos á robártela, le decia Pedro.

—¡A robármela! ¡Toma! . . . cualquiera diria que era mia.

—Yo no sé si es tuya ó no, lo que sí sé es que si no fuera porque te gusta. á la facha ya la habria dicho yo algo.

—¡Bah! chicos, dijo el Rojo, con el fin de cortar aquella conversacion que no era de su agrado: hasta luego, en el baile, que me voy á dar una vuelta per casa.

—Anda con Dios: lo que tú buscas es echar un párrafo con Rosilla. ¡Que aproveche!

Agustin se hizo el sueco á esta última chanza, y se alejó.

Hasta aquel dia no se habia dado cuenta á sí mismo de lo que sentia por Rosa. Las palabras de su compinche, despertando en él así una cosa parecida á celos, le habian hecho caer la venda

(1) Por *quiere*.

de los ojos, tanto que se resolvió á decirle algo. Desde el honsal á su casa fué devanándose los sesos, cavila que te cavila sobre cómo y dónde se lo diría, cosa nunca vista en Las Vegas, pues allí, segun mis informes, con un “Chica, ¿me quieres?” arrojado á boca de jarro donde primero se encuentran, todo el mundo sale de semejantes apuros.

Pero Agustin conocia que Rosa era una muchacha poco parecida á las demás del pueblo, y por lo tanto, era preciso valerse con ella de otra táctica; aunque maldito, como diria la Cucana, si entendia una jota de milicia. Por mas que se rascaba detras de la oreja, y por mas que miraba al cielo con la boca abierta, la inspiracion no bajaba. Pensó, por fin, que lo mejor era romper por todo y contárselo á la tia Catalina; pero le inspiraba tal respeto la buena anciana, que mudó de plan, resolviendo valerse de su madre como mediadora.

Y á propósito, sábetelo, amigo mio, que en Las Vegas, las madres son las encargadas de buscar novia á los hijos de sus entrañas, y que es una de las atribuciones maternas que mas las dan que hacer.

Pues señor; ya le estaba retozando al bueno de Agustin en los labios un “madre” como un templo, principio de su revelacion, cuando . . . como que el hombre propone y Dios dispone, cá-tate á sus compañeros los del honsal, que viendo el baile empezado sin estar el Rojo, escaparon á buscarle. No hubo mas remedio que dejarse de revelaciones y marchar á bailar.

Rosa no estuvo en el baile, pues aunque no habia leído los *Cuentos de color de rosa*, no por eso